

El cura tomó la carta, que estaba manchada de sangre, y dejando una bolsita con dinero bajo las almohadas, se alejó de la casa del tío Miguel.

—¡Nadie comprende el corazón humano! pensaba el viejo sacerdote; el mundo nada me ha enseñado: cuando creía en la redención de una alma lanzada en el abismo del romordimiento, de repente vuelve á sumergirse en las sombras de su pasado, esa pobre existencia lanzada en el mar revuelto de las contrariedades y del fatalismo.

CAPITULO DECIMOSEXTO.

DEUDA SATISFECHA.

I.

Estamos en los alrededores de Querétaro y en el 25 de Abril del año memorable de 1867.

El teniente coronel Pablo Martínez y su amigo, ó por mejor decir, su hijo adoptivo, D. Serafín, estaba al frente de un regimiento de caballería.

El Cuartel general mandó que el regimiento de Martínez pasara á la hacienda de.....á reponer sus caballos destruidos por tanto tiempo de fatiga.

El lector recordará que el 1.º de Junio de 863, cuando el ejército pasaba para la nobilísima ciudad de Lerma, el infortunado Quiñones había recibido el más cruel desengaño, de aquel famoso Don Cirilo, que le hizo una recepción tan descortés cuando presentó en la posada á Martínez y sus amigos.

Quiñones recordaba siempre la pesada broma del oficial retirado, y muchas veces le habían dado carga con la memoria del ridículo lance de su antiguo camarada.

Martínez tenía una memoria asombrosa para tener las fisonomías y los parajes.

Marchó el regimiento á la hacienda de.....

Cuando una nube de langosta se presenta en un sembrado, atemoriza menos á los pastores que á un hacendado la noticia infausta de la llegada de un regimiento.

Los hacendados ocultan violentamente las semillas, hacen desaparecer el vino y las vajillas, envían sus caballos á grandes distancias, remontan sus ganados como si amenazasen una catástrofe, y las muchachas de la finca huyen á los próximos

ranchos; porque la tropa es una verdadera plaga, cuya plaga se torna en un castigo del cielo, cuando pertenece á un bando opuesto al del propietario de la finca rústica ó urbana.

Martínez se armó con la orden del Cuartel general, y llegó á la hacienda.

—¿Dónde está el moyordomo? preguntó.

—Señor, ya viene, dijo humildemente el jornalero.

—Que venga pronto, ó lo traigo de las orejas.

—Está con el amo.

—¿Quién es el amo?

—Don Cirilo Hermosilla.

—¿Dónde he oído ese nombre? á mí no me es desconocido. ¿Y qué clase de pájaro es ese Don Cirilo.

—Es el amo no más, señor.

—Eso no basta, repuso Martínez, y seguido de sus ayudantes se fué directamente á la casa de la hacienda.

Apeóse y subió las escaleras, metiendo gran ruido con las espadas y el sable.

El dueño salió á recibir al jefe.

Luego que Martínez le puso la vista á quel hombre, lo reconoció.

Era aquel mismo D. Cirilo, teniente coronel retirado, que les había jugado la pesada broma de dejarlos sin comer.

—¡Hola, Don Cirilo! dijo Martínez.

—Pase usted, señor compañero.

—¿Compañero de qué?

De milicia; yo soy viejo insurgente.

—Bien, aquí tiene usted la orden para el alojamiento de seiscientos jinetes con sus respectivos caballos.

—La obedeceré, pero no tenemos pasturas.

—Pues cómprelas usted, me parece que están baratitas.

D. Cirilo arremangó el labio superior como trompa de elefante.

—Mande usted matar diez reses para que coma la tropa; usted es un hombre muy.....muy.....

—Mi ganado va á desaparecer, pensó; D. Cirilo y se estremeció.

—Disponga usted treinta camas para mis oficiales.

—¡Dios mío! exclamó el viejo.

Martínez tuvo á bien no reparar en las exclamaciones de D. Cirilo, y continuó con el mayor aplomo:

—Voy á disponer algo que á usted le concierne, y que nos avisen cuando esté el almuerzo para mí y la oficialidad.

Sin despedirse, marchó seguido de la turba de oficiales, que se frotaban las manos de satisfacción.

II.

—¡Estamos perdidos! decía á su mayordomo el propietario, la hacienda va á arruinarse; pero es preciso hacer un sacrificio, porque este soldadón es un bárbaro, un verdadero apache.

La gente de la casa se puso en movimiento para disponer el almuerzo, mientras Martínez entablaba un diálogo, con el guardador de las *trojes*.

—Abre esa puerta para sacar paja y cebada.

—No tengo las llaves.

—Pues sin ellas.

—No puedo.

—Yo sí; vamos, avancen tres dragones, con las culatas de los rifles rompan lo cerradura,

Los dragones no se hicieron esperar: á los dos minutos las puertas estaban más abiertas que las de Catedral en día Corpus.

Como hormigas entraron los soldados á los graneros, dándoles una saqueado peor que la de Lorencillo, y la de Saligny á los bonos de Jecker.

D. Cirilo veía desde una de las ventanas aquel zafarrancho de moros, y su corazón se oprimía dolorosamente.

—¡Mi cebada!.....¡mi maíz!.....¡mi paja!.....¡todo se lo está llevando el demonio!.....¡todo!.....¡todo!.....nada más falta que el imperio venga á castigarme por dar alojamiento contra todo el torrente de mi voluntad.

Los oficiales dieron parte de que los proveedores estaban bien surtidos.

—¡Hola! gritó Martínez dirigiéndose á los *caporales*, se necesitan reses para la tropa.

—Ya fueron por *nueve* al monte.

—He dicho que *diez*, y si no, mando por veinte.

—¡Imbéciles! gritó Don Cirilo, traigan lo que pide el señor mi compañero.

—Como usted dijo que *nueve*.....

—Yo no he dicho nada, traigan *diez*, y nadie me replique.

III.

A las dos horas, avisó un criado que la mesa estaba preparada.

Subió aquella falange de *famélicos*, y comenzó un verdadero festín.

—Señor Don Cirilo, haga usted traer más vino, mis oficiales lo acostumbran, y no pueden pasarse sin él.

—Ya han traído seis cajas, señor compañero.

—Pero nada más de Burdeos, aun no ha llegado el coñac, ni los licores para los postres y el café.

—A usted le tengo reservado, dijo Don Cirilo ardiendo de rabia, una buena botella de coñac.

—No, señor, usted se engaña, yo no tomo nunca sin que mis oficiales se hayan satisfecho de antemano.

—Pero, señor compañero, yo tengo muy poco abasto.

—Saque usted, amigo, saque usted el guardado, que nosotros estaremos aquí uno ó dos meses.

—¡Santos ángeles custodios! exclamó el infeliz hacendado.

—¡Muchacho! saca de ese armario la botella de coñac.

El criado trajo un frasco que estaba envuelto en un periódico.

Don Serafin tomó, el papel, era el *Pájaro Verde*.

En uno de los párrafos, encontróse el joven el nombre de Don Cirilo Hermosilla.

Leyó para sí, y pasó el periódico á Martínez, señalándole el párrafo.

El guerrillero, que era un hombre vivo, pasó la vista como un relámpago por los renglones, y después dirigiéndose á su huésped, le dijo:

—¿Conque usted es caballero, de la Orden de Gadalupe?

—No, yo no soy caballero, ni lo pretendo; esa es una calumnia de mi mayordomo, que es la persona que debe haberlo dicho; le juro á usted, compañero.....

—No jure usted, amiguito: ¿y es mentira que ha regalado usted cien caballos para el regimiento de la emperatriz?

—¡Impostura!

Lea usted ese periódico.

Don Cirilo se quedó estupefacto.

Levantóse Martínez, y tomando una copa, dijo en voz alta y sonora

—Brindemos por el señor Don Cirilo Hermosilla, que han obsequiado al regimiento con el sueldo de una quincena.

Don Cirilo abrió la boca como un tiburón.

Vivas y aplausos resonaron como en una cantina de martes de carnaval.

Don Cirilo quiso hacer una declaración, pero Martínez le dijo al oído:

—Señor compañero, elija usted entre tres ó cuatro mil pesos, ó que le aplique la ley de *confiscaciones*.

Don Cirilo optó por lo primero, pero rechinando los dientes como un condenado.

—Señores, agregó Martínez, hagámosle todo el honor á

este brindis, rompiendo las copas para que no se profanen con otros discursos y libaciones.

Las copas volaron por lo alto, cayendo en menuda lluvia de cristal.

El alma del viejo propietario se hacía trizas.

Siguió la jarana hasta el amanecer.

Don Cirilo, queriendo vengarse, les puso monte á los oficiales.

—Anda, viejo zorro, dijo Martínez, quieres tomar la revancha; yo te echaré un pollo de cuenta.—Señor teniente Garduña, lo habilito á usted para que eche unos *pasados por agua*.

—Mi teniente coronel, acepto, gritó una especie de hurón con cabellera azafranada y manos de orangután.

Martínez se marchó á dormir, diciendo para sí:—Quiñones está vengado, la venganza ha sido sangrienta; toma, mómia del imperio, toma por roñoso y avaro.

IV

Don Cirilo Hermosilla era hábil de *cartas*, pero no tanto como Garduña.

Comenzó ese juego de albuces con todos sus *dibujos*.

Don Cirilo era afecto á los *tecolotes*.

Ahí estaba el *intrínquis*, como decía Garduña.

Este se hizo al principio el colegial, para darle lo que el llamaba *boca de lobo*, al imperialista.

Después tomó la baraja y desplegó toda su ciencia en el arte de Birján.

Don Cirilo tenía fiebre tifoidea.

Le ganaron el dinero, los cubiertos y el reloj; y si la hubiera apostado, pierde la fé del bautismo.

El *infeliz retirado* se marchó á descansar cerca de las cuatro de la mañana, dándoles de patadas á los criados que encontraba á su paso.

Metiése en el lecho y procuró conciliar el sueño.

No daban aún las cinco de la mañana, cuando Martínez llegó bajo las ventanas de Don Cirilo, con la banda de clarines, á tocar la *diana*.

Don Cirilo dió un salto.

El teniente Garduña tomó un serpentón y tocó un *solo*, de á cuarto de hora, capaz de despertar á un difunto.

Don Cirilo se tiraba de los cabellos con desesperación dramática.

Después de media hora, cesó aquella *concerrada*.

Don Cirilo procuró conciliar el sueño.

No había pasado una hora, cuando los clarines tocaron *forraje*.

Volvió el malaventurado teniente coronel á despertar.

Esperó con paciencia á que concluyese el infernal toquido.

A las ocho, la banda salió á la *escoleta*.

Entonces cada individuo tocaba lo que le parecía; notas altas, bajas, cromáticas, *florituri* y cuantas abominaciones aplicadas á los fagots y clarines ha inventado la filarmonía.

Don Cirilo saltó de la cama renegando, mandó poner su carretela, y se huyó, verdaderamente fugado, rumbo á Celaya.

—¡Qué me importa, decía el fugitivo, que la caballería tome agua, ni que pase lista, ni que entren en asamblea, para que así me rompan los oídos!

¡Maldita sea la república, y los tagarnos, y los chinacos, y toda esa chusma de canalla! Les dejo la hacienda, que se la coman si gustan.

V.

Luego que los oficiales se apercibieron de la retirada del propietario, se dirigieron á los estantes, sacaron el uniforme de Don Cirilo, vistieron un manequí, le pusieron la cruz de la Orden de Guadalupe, y lo colgaron del zaguán, como esos gavilanes empajados que adornan los portales de las haciendas.

Martínez se reía á dos carrillos al ver la jácara de la oficialidad.

¡Quien le había de decir á Don Cirilo Hermosilla que una *grosería* le había de costar tanto dinero!

VI.

Pasó el regimiento el 26 de Abril en una verdadera fiesta.

Hacia mucho tiempo que aquellos soldados no dormían bajo de techo.

El regimiento de Martínez estaba predestinado á los trabajos y fatigas de la campaña.

Al amanecer del 27 se oyó un cañoneo.

Martínez hizo tocar botasillas.

El guerrillero jamás se dejaba sorprender.

A pocos momentos un ayudante llegó á todo escape.

—Mi teniente coronel, que avance usted con el regimiento,

porque el enemigo ha hecho una salida, derrotando el campo de Michoacán y el de Jalisco.

—¡Rayo de Dios! gritó Martínez, y mandó tocar trote al clarín de órdenes.

El regimiento se puso en seguida sobre la marcha, y á las dos horas se encontraba frente á Querétaro.

CAPITULO DECIMOSEPTIMO.

LA BATALLA DEL 27.

I.

Estamos en la noche del 26 al 27 de Abril de 1867.

Los sitiados necesitaban hacer un movimiento, decidirse á romper el cerco, aventurar una batalla para salir de la amarga situación á que los llevaba un destino siempre adverso.

Dejar pasar los días en que las municiones se agotan pausadamente, en que la moral se pierde en combates parciales y la sangre cae gota á gota dejando exánime el cuerpo, cuyo vigor faltará en un momento dado, es entregarse irremisiblemente en brazos de la derrota.

Los Jefes imperialistas celebraron junta de guerra, y la mañana del 27 fué señalada para un ataque simultáneo sobre la *Garita* y los campamentos del *Cimatario*.

Dos columnas de cuatro mil hombres cada una, con su dotación de artillería, formaban el cuerpo de asalto.

La primera estaba al mando de Castillo y la segunda se fió al valor nunca desmentido del general Miramón.

Tomar los puntos indicados y caminando en sentido inverso sobre el cerco de circunvalación hasta encontrarse en un punto dado de aquella circunferencia de hierro, era el plan de los imperiales.

El imperio tiraba por última vez los dados sobre la carpa de su fatalismo.

Las columnas comenzaron á desfilarse en silencio después de un fuerte cañoneo sobre la *Garita*.

La columna de Castillo se encontró á pocos momentos frente á los reductos enemigos, mientras la de Miramón, que tenía mayor distancia que vencer, se desprendía de la Alameda rumbo al campo del *Cimatario*.

II.

El general Corona, sin presentir el ataque, dejó al mando de la línea del Sur al general Régules y vino á conferenciar con Riva Palacio.

La noche tocaba á su fin, cuando Castillo se lanzó con denuedo sobre la *Garita*, que era uno de los puntos de la línea de Riva Palacio y defendido por el valiente general Jiménez, que lo recibió á metralla, echando fuera de tiro, dejando un reguero de sangre y de cadáveres.

Castillo se había comprometido á tomar el reducto y tornó á ensayar un segundo y tercer asalto, que dió por resultado la pérdida completa de su división.

Altamirano había acudido al punto del ataque desde los primeros disparos, allí era su puesto, conservado siempre con heroísmo.

Carrillo con los valientes soldados de Toluca, y Villada con un batallón de Michoacán dividieron los peligros en el campo de Jiménez, y compartieron los laureles de la victoria. Vélez y Chavarría asistieron á la jornada.

La primera parte del plan imperialista había fracasado.

El toque de diana repetido en toda la línea y los gritos de triunfo, anunciaron á Maximiliano que el general Castillo estaba derrotado.

III.

La columna de Miramón seguía imperturbable á su destino.

Sorprendió á los escuchas, capturó á las avanzadas, y con aquella rapidez de movimientos que le era genial, Miramón se lanzó sobre el cuerpo de ejército de Corona, cuyos soldados víctimas de la sorpresa comenzaron á desbandarse, á tirar las armas y á abandonar la artillería, trenes y bagajes.

Miramón se apoderó de las trincheras, tornó las piezas sobre los fugitivos y siguió su movimiento ejecutado con una maestría admirable.

La tropa, como era consiguiente, se entregó al botín y comenzó á desordenarse sin que el general pudiera contenerla.

Vencedores y vencidos se dispersaron en el campo del Cimatario y comenzó á introducirse una confusión horrible.

El general Jiménez, seguido de Vélez, Altamirano y Chavarria, recorrió su línea después de la derrota de Castillo. Al llegar á la extrema izquierda advirtió que la columna de Miramón llegaba al Cimatario. Vélez se empeñaba en creer que era una fuerza republicana, porque no podía comprenderse que aquel campamento era sorprendido.

Jiménez comprendió desde luego que permaneciendo mudas las baterías de la alameda, la fuerza era enemiga; entonces envió un regimiento de caballería suriano á las órdenes de Figueroa, y pocos momentos después ordenó á Altamirano que se pusiera á la cabeza, y observase la columna de Miramón.

Jiménez no se había engañado: luego que Altamirano se puso sobre el camino, las baterías de la alameda lo saludaron á metralla. Avanzó hasta el Cimatario y presenció con asombro aquel espantoso desastre.

Todo estaba perdido.

Régules procuraba en vano contener á sus soldados. El pánico era terrible, el general fué arrastrado en la fuga y llevado por sus mismos dispersos, que huyeron á los pueblos inmediatos contando que el ejército republicano había sido completamente despedazado.

Miramón dobló la posición del centro y atacó por retaguardia.

La división de Jalisco apenas pudo defenderla y se replegó hacia la izquierda, abandonando cañones, trenes. &

Una brigada de esta división que mandaba el general X..... se fué hasta Apaseo y no volvió, sino tres días después.

El enemigo llegó á la hacienda del jacal, posición extrema izquierda defendida por la división de Sinaloa al mando del general Manuel Márquez que corrió igual suerte.

Maximiliano vino entonces á ponerse al frente de las fuerzas, y se hallaba cerca de las paralelas abiertas por el general Corona frente á la *Casa Blanca*.

El general Corona no había podido llegar á su línea y se había incorporado al cuerpo de caballería mandado por el general Aureliano Rivera, único que se mantuvo unido, aunque tuvo que replegarse á la derecha del campo de Régules, desde donde pudo salvar algunos trenes y piezas que metía el enemigo quitándoselas á viva fuerza.

En ese instante, un cuerpo pasó alguna distancia delante del regimiento de Altamirano y en dirección al enemigo.

Eran "Cazadores de Galeana" al mando del bizarro coronel Juan Doria.

Altamirano se puso en movimiento.

Tan pronto como el enemigo avistó, destacó su caballería á su encuentro. Esta caballería era numerosa y componíase

de los cuerpos de "Húsares," "Regimiento de la emperatriz" y "Policía á caballo."

El coronel Doria no vaciló, á pesar de la inferioridad de sus fuerzas, pues apenas traía trescientos y tantos caballos, siendo el número igual los que mandaba Altamirano.

El enemigo traía como mil doscientos caballos.

Los imperialistas tocaron á degüello.

Los republicanos repitieron el toque aceptando la batalla.

El Coronel Doria iba á la cabeza, vestido de azul, con un pequeño fieltro gris, montado en un soberbio caballo tordillo y llevando una magnífica pistola de Colt en la mano. Altamirano también montaba un caballo retinto, iba vestido todo de negro y empuñaba también una pistola de Colt.

Los "Cazadores de Galeana" descargaron sus rifles de Spenser de ocho tiros sobre el enemigo, que no los esperaba y se desmoralizó por completo.

Entonces, sacando los sables, se precipitaron á su encuentro é hicieron una carnicería espantosa.

Llegaron al campo los arrogantes cuerpos de "Supremos Poderes" al mando del bravo coronel Yepes y el primero del Norte al del coronel Montesinos, y todos á las órdenes del general Rocha, haciendo un fuego mortífero sobre el enemigo. Este huyó precipitadamente y bajó á la llanura.

Las fuerzas republicanas hicieron alto.

Doria y Altamirano se abrazaron sobre el campo.

Altamirano encargó el mando del regimiento al coronel Figueroa y quiso, como soldado raso, combatir al lado de Doria con los "Cazadores de Galeana"

La infantería enemiga se rehizo y avanzó hacia los republicanos, trayendo á su vanguardia una densa línea de tiradores.

Un jinete llegó corriendo hasta encontrar al coronel Doria.

Era el general Rocha, quien después de felicitarlo le encargó que contuviese al enemigo mientras que los batallones que se habían quedado atrás y que venían fatigados, llegaban al terreno de la lid.

Doria, que veía acercarse las columnas, hizo un esfuerzo desesperado y mandó cargar; lo mismo hizo el cuerpo del Sur.

Los "Cazadores" se lanzaron y acuchillaron á los tiradores, y á pesar del fuego mortífero que se les hacía en toda la línea por la infantería enemiga, llegaron á las trincheras defendidas todas con vigor. Doria mandó lanzarse sobre ellas y saltó el primero, Altamirano lo siguió, y un momento después bajaban al llano dejando un reguero de cadáveres al pie de los parapetos y persiguiendo á las columnas, que, dando media vuelta, corrían para la plaza en desorden.

Maximiliano retrocedió á su vez y ordenó la retirada, que se hizo con precipitación hasta desaparecer el enemigo por la Alameda y la *Casa Blanca*.

El general Corona mandó avanzar en tiradores al cuerpo de Guerrero y á un piquete de guerrilleros de Guanajuato al mando del coronel Domenzain frente á la *Casa Blanca*, á fin de molestar al enemigo.

Las baterías imperiales protegían la retirada, sosteniendo un vivo fuego.

Era la una de la tarde, la línea estaba recobrada.

Miramón volvía derrotado á sus parapetos merced al fiasco del general Castillo y á la oportunidad conque las reservas llegaron al campo á disputarle los lugares del triunfo.

La victoria lo había saludado en los primeros momentos, y veintidós piezas prisioneras y un número inmenso de bagajes de guerra, le decían que no había sido un sueño su espléndida victoria sobre los campamentos del Cimatario.

La historia guarda los nombres de los héroes de esa jornada aunque los callen los historiadores.

CAPITULO DECIMO OCTAVO

EL SITIO DE MEXICO.

I.

Porfirio Díaz, después de la batalla de San Lorenzo, había puesto sitio formal á México.

El grueso de las fuerzas con toda la artillería, se situó en la parte Norte de la ciudad.

Tacubaya, Chapultepec y La Piedad, eran guardados por las caballerías.

El general republicano hizo un reconocimiento y comprendió que no era fácil un ataque como el de Puebla, y comenzó á practicar sus caminos cubiertos y paralelas, para llegar á los parapetos enemigos.

Márquez, que había llegado fugitivo de San Lorenzo, se presentó en la casa de Manuel Payno.

—Caballero, le dijo, soy el general Márquez.

Payno no lo conocía personalmente, y sintió esa repugnancia instintiva que despierta la presencia de un asesino.

—¿En qué puedo servir á usted?

—Estoy perdido, y necesito una persona que me hable la verdad, que me dé un consejo sobre lo que debo hacer.

Payno temía pronunciar una palabra delante de ese miserable, que era muy capaz de hacerle ahorcar al día siguiente.

—Hable usted, que está bajo mi garantía.

Entonces Payno le dijo:

—El imperio ha terminado, la situación es angustiosa; no tiene usted, á mi juicio, más remedio que llamar al general republicano, pedirle garantías y entregarle la ciudad; todos los esfuerzos que usted haga son inútiles.

—Pero el emperador va á desaprobarme mi conducta.

—El emperador está en una situación más aflictiva aún.

—¿Y no tiene usted personas que salgan á conferenciar con el general Díaz?

—Las buscaré.

Márquez salió preocupado de la casa de Payno.

Aquel desgraciado estaba en un abismo sin fondo.

Los dispersos comenzaron á llegar.

El presidente del consejo de ministros persuadió á Márquez de que aún era tiempo de sostenerse en el poder, que Maximiliano triunfaría en Querétaro, y que la cuestión se reducía á sostener la plaza.

Cuando la cabeza se ha perdido, la voluntad es una veleta que gira al lado que se le sopla.

Márquez envió á decir á Payno que diera por terminado el asunto que lo había llevado á su casa.

II

La población se animó como por encanto en los primeros días del sitio.

Las azoteas, las torres, los observatorios, todo estaba lleno de curiosos mirando con anteojos á las fuerzas republicanas que circunvalaban la capital.

En medio de esta barahunda, existía un terror pánico en todos los comprometidos.

“Plaza sitiada, plaza tomada,” dice un adagio, y México estaba en jaque, teniendo en su frente esa sentencia.

Para dar más animación, las músicas de los cuerpos tocaban todas las tardes en la Alameda, que se llenaba de una concurrencia numerosa.

Multitud de lindísimas jóvenes y de elegantes paseaban por las calles de esos jardines.

III

—No ha venido mi *osito*, amigo mío, estoy desolado decía un joven rubio, de lentes, á otro bajo de cuerpo y de patilla negra.

—Esta Isabel deja el paseo para la última hora.

—Pueda ser que venga con el rinoceronte de tu suegro.

—¿Y Concha, qué dice, querido?

—Nada, es la mujer de mármol; más sienten esos leones de piedra de la fuente, que esa mujer.

—¿Por qué no haces lo que Porfirio Díaz, estrechar el sitio?

—Esa plaza no tiene trazas de rendirse.

—Atácala: cayó sebastopol.....

—Esta Concha es más formidable que el Cuadrilatero. Estoy por levantar el campo.

—Esa es una cobardía.

—Y cuántos novios lleva ya tu novia?

—Hombre, soy el décimoquinto, cree que no tengo tan mal lugar.

—¿Y la otra?

—¿Cuál de ellas?

Ha llegado, amigo mío, allí viene Isabel; trae una compañera igualmente hermosa.

—Sigámosla, aquí traigo una carta que llora solita; esta mañana la he escrito con las lágrimas en los ojos.

—Tengo un proyecto, dijo el de los lentes.

—¿Cuál?

—¿Quieres robarte á Concha?

—¿Qué barbaridad!

—Hombre, te asustas de nada; luego que entren los nuestros, asaltamos las casas de nuestras novias, afortunadamente son imperialistas nuestros suegros, y tenemos sobre ellos derecho de vida y muerte.

—Mira lo que pasa, y déjate de proyectos.

—Si, ya veo, es mi rival.

Un joven se acercó á Isabel, que así se llamaba una muchacha de ojos negros y rasga los, de quien estaba apasionado el joven de los lentes.

—Isabelita, está usted encantadora.

—No es el primero que me lo dice.

—Conque sea el segundo, me doy por satisfecho.

—Que sabe usted de noticias?

—Que S. M. el emperador ha vencido en Querétaro; que el ejército ha hecho diez mil prisioneros y Escobedo ha levantado el sitio.

—Que dice usted? dijeron á la vez tres viejos retirados que se hallaban en la misma banca.

—Lo que ustedes han oído, que estamos de enhorabuena, y pronto tendremos á S. M. en las orillas de México.

—Ya lo decía yo, señores, nunca me equivoco, este Porfirio Díaz va á tener un fin desastroso.

—Hay quien contradiga la noticia.

—La contradicen?.....no haga usted aprecio, no hay más que guiarse por lo que dice el *Pájaro Verde*, allí está el evangelio.

—Se dice también que el E. Sr. Lugarteniente hará una salida en combinación con el ejército que ha salido de Querétaro, y el triunfo será completo y definitivo.

—Por supuesto.

Doña Canuta y la esposa de Cantoya paseaban con arrogancia, ostentándose como esposas de las víctimas.

—Canuta, estoy desesperada, ya he disminuido mi ración y no estoy satisfecha.

—Faltan ya los comestibles, eso es espantoso: ayer ha comido caballo mi marido.

—Yo pienso alimentar á Cantoya con ratas, como acostumbra en el celeste imperio.

—Los franceses se comieron todos los gatos de la población.

—Eso es mucho de horroroso, dijo Doña Efigenia en su perpetua manía de afrancesarlo todo.

—El agua de pozo artesiano es insalubre.

—No me hables de pozos artesianos, me parece ver al jorobado Pane sacando agua de su alberca con ese sombrero de parasol; ¡quel chapeau! ¡quel chapeau!

—Amiga mía, la concurrencia es bellísima.

—Charman, charman!

—Si esos disidentes toman la ciudad, qué será de nosotras?

—Ay, hija! dicen que hacen atrocidades!

—Ni nosotros nos libraremos.

—Yo me sepultaré un puñal como Lucrecia.

—Yoen fin, ¡qué barbarité!

—Señoritas, señoras, dijo un mozalvete dando alcance á Doña Canuta y á la Cantoya.

—Hola! Perico, qué se ofrece?

—Vengo á obsequiar á ustedes con una torta de pan.

—Que felicidad!

—Du pain? du pain? exclamó Doña Efigenia.

—Lo he conseguido á peso de oro.

—Le estimamos á usted su obsequio.

—Y hácia donde se dirigen ustedes?

—Esperamos la noche para ver á O' Horán; nos ha ofrecido poner libres á nuestros maridos.

- Creo que le será muy fácil.
 —Diga usted algo de nuevo.
 —Nada: lo de todos los días, aunque las circunstancias se están haciendo mas críticas.
 —Por qué, Perico?
 —Hoy han saqueado el teatro de Iturbide: se le dijo al pueblo que había una existencia de harina y maíz que se le iba á repartir, y luego que descubrió el engaño, ha hecho una de pópulo bárbaro.
 —La gente se muere de hambre; este general Díaz es un cafre.
 —Como que ya se están dando casos.
 —¡Pobres de los pobres, amigos míos ellos sufren todas las plagas.
 —Hasta los caballos se están escaseando.
 —Tengo un asco invencible á la carne de corcel.
 —Y yo.
 —Pues no hay más que resignarse, porque no hay remedio.
 —Me parece que dentro de poco todos vamos á relinchar.
 —A mí me parece que usted ha comenzado ya, dijo entre dientes Doña Efigenia.
 —He observado que las muchachas tiran coces.
 —Caballero, no nos calumnie usted, dijo Doña Canuta.
 —No ha sido mi intención
 —La gente se agolpa á las garitas impulsada por el hambre.
 —Los disidentes la dejan pasar en bandadas; el general Márquez se quiere deshacer de todo lo que le estorbe, porque él defenderá la plaza hasta morir.
 —Es que nosotros moriremos primero de hambre.
 —La situación terminará bien pronto, el emperador está en camino para México.
 —No lo crea usted, todas son consejas, lo cierto es, dijo el joven, que todo está perdido.
 —Observo dijo Doña Efigenia, que un oficial austriaco me está haciendo el amor: Perico, acompañenos usted á las casas consistoriales.
 Aquel infeliz Perico tomó del brazo á Doña Canuta, y dejando á la Cantoya con su airecito de coquetuela, pasar por delante, se encaminó al Palacio Municipal en busca del prefecto político Tomás O' Horán.

IV.

El sitio se había estrechado, y los efectos de plaza escaseaban terriblemente.

Los precios eran subidos, y no se encontraban al alcance de la clase pobre, que se moría de hambre

Márquez comenzó por catear las casas de comercio, y concluyó por allanar las de los particulares.

O' Horán era el hombre á propósito para estos actos de despecho y barbarie.

Las propiedades fueron violadas, las personas llevadas á la cárcel, donde se les daba tormento de sed y hambre para arrancarles sus caudales.

Los cónsules extranjeros fueron vejados, y los resortes todos del respeto social relajados y hechos pedazos.

Al hijo de Iglesias, el ministro de Juárez, se le puso en una trinchera sobre la que hacían fuego las baterías republicanas.

A la hija de un propietario llegó á amenazársele con igual atrocidad.

Los ministros imperialistas se habían tornado en enemigos de la administración, y la población entera deseaba que Porfirio Díaz entrase á la Capital.

El espionaje, el crimen, la denuncia, el robo, todo estaba á la orden del día, y todo ejercido por mandato de Márquez, que se mostraba tan deforme y horrible como era.

El alma pervertida de ese miserable estaba en la plenitud de sus instintos depravados.

El corazón pestilente de ese hombre se agitaba en las tinieblas de su infierno.

Márquez era ya el blanco de las odiosidades y de las maldiciones.

Aquel pueblo, que rugía de hambre y de miseria pidiendo un pedazo de pan para matar su hambre, y una gota de agua que llevar á sus labios sedientos, lanzaba imprecaciones al aseno de Tacubaya.

O' Horán había hecho grandes acopios para el ejército, en tanto que el resto de la ciudad sufría los horrores del sitio.

La carga de maíz valía cien pesos.

Después todo desapareció.

Las mujeres y los niños lloraban por las calles.

El trabajo se paralizó, y los artesanos vagaban en busca de pan para sus hijos.

El pueblo, ya sin esperanza, volvió su vista á los gobernantes y les pidió alimento en su agonía.

Aquellos gobernantes, cubiertos con la lepra del desprestigio y de la barbarie, oían sus lamentos con indiferencia, y respondieron á esas quejas arancando á los padres de familia de sus hogares, para conducirlos á la muerte sobre las trincheras de la agonía desesperada de sus instituciones.

La ciudad comenzaba á tener un aspecto lúgubre.

El carbón había faltado y se hacía uso de la leña, tomada de los árboles de las calzadas y de los paseos.

El humo reemplazaba el azul purísimo del cielo.

El aspecto de un pueblo hambriento y lleno de harapos, entregado á la desesperación, era espantoso.

Los motines comenzaban á estallar, y los gritos de la rabia se tornarían bien pronto en los alaridos de la sedición.

La tropa, falta de fé, aprovechaba los momentos del descuido para atravesar el campo y presentarse en las filas republicanas.

La multitud hambrienta, no pudiendo ya sufrir lo miserable de su situación, pidió salir de la ciudad, exponiéndose á ser ametrallada como el pueblo de Zaragoza cuando el sitio de los franceses en 863.

Márquez, que como hemos dicho, se había desmoralizado al ver rugir la tormenta que se lo había de tragar, concedió á la gente necesitada libertad para salir, si los sitiadores se lo permitían.

Porfirio Díaz, conmovido ante este cuadro doliente de aflicción, declaró que el campo republicano acogía á todos los pobres y les dispensaba amparo y protección.

La ciudad que se había engalanado cuatro años antes para recibir á los extranjeros conquistadores, yacía triste, abatida, llorosa, con la faz cubierta de vergüenza, encerrada entre los parapetos viendo tremolar á lo lejos en los baluartes republicanos, aquella bandera saludada por sus sonrisas en mejores días!

La virgen indiana, la joven Tenoxtitlán, arrancaba de sus sienas la corona imperial, esa corona que le dejaba una indeleble marca de fuego, un estigma sangriento sobre la frente!

Ayer entre las fiestas báquicas de la conquista, entre las saturnales de la regencia, entre las pompas deslumbradoras del imperio, y ahora sobre las ruinas hacinadas de aquellos castillos y de los alcázares abandonados, llorando á mares sus desventuras!

Pobre deidad arrepentida, cubierta con la ceniza, oyendo en sus templos el solemne canto de las *Salmos Penitenciales*!

¡Pobre virgen engañada! ella tan hermosa, velada por la sombra de sus volcanes, coronada con las rosas siempre fragantes de sus selvas y sus jardines!

Ella, tan querida, tan idolatrada de los que hemos visto bajo su cielo la luz primera y aspirado el perfume de su aliento, la amamos en sus pesares, nos identificamos con sus dolores, lloramos con sus angustias y nos prosternamos ante esa sublime majestad de su grandeza!

CAPITULO DECIMONONO.

UN FAVOR PELIGROSO.

I.

Doña Canuta se presentó en el palacio municipal y esperó á que O' Horán concluyera su despacho.

—Señora, dijo el prefecto político, me tiene usted á sus órdenes.

—Caballero, soy una mujer desgraciada.

O' Horán no respondió.

—¿No me ha oído usted, caballero? ¡soy muy desgraciada!

—¿En qué le puedo servir á usted?

—En nada si usted se niega, en todo si á usted le place.

—Hable usted, señora.

—¿Usted sabe la falta que hace un esposo?

—¡Qué señora tan rara! pensó O' Horán.

—Su falta es inmensa.

—¿Y bien?

—Usted tiene preso al mío.

—¿Su nombre?

—Modesto.

—¿Y su apellido?

Fajardo.

—¡Ah! dijo el prefecto, ya tengo conocimiento de esa causa; el fiscal opina que no hay mérito para la formación de ella, pero tengo informes de que su esposo de usted es un hombre peligroso.

—No lo crea usted, señor prefecto, es el ente más majadero.....es decir, es una persona pacífica.

—Buen modo de defender á su marido, murmuró O' Horán.

—Yo necesito que usted lo haga comparecer y lo ponga en libertad.

El prefecto agitó la campanilla.

Que traigan á Don Francisco Farnesio.

—Fajardo, señor.

—Ya lo oye usted, dijo O' Horán.

Mientras el ayudante salió á conducir al reo político, la señora Fajardo dijo trágicamente: ese hombre había nacido para ser diplomático y no conspirador, se casó conmigo por